

027 AVE NO VOLADORA

Amanece en la ciudad de Tarragona. Lentamente. Y lo hace envuelta con pequeñas gotas de vapor de agua salada, de la misma manera como despiertan las ciudades que conviven junto al mar. En una de las calles de esta ciudad, las brumas marinas aparecen rasgadas verticalmente. La brecha comienza en el quinto piso de uno de los edificios, y termina en el cuerpo inerte de una mujer.

Esta mujer se exhibe tendida boca arriba sobre la calzada con los brazos en cruz y las piernas abiertas en forma de uve invertida; una aureola granate con un ribete de sangre reseca corona su cabeza. Alrededor de ella merodean varias personas vestidas de uniforme policial. Un hombre alto y moreno que se encuentra situado en la cabecera del cadáver se dirige al otro hombre que le acompaña: “ Vista así, parece como si antes de morir hubiese estado jugando a dibujar un ángel en la nieve”. Acto seguido da varios pasos y se coloca a los pies de la desconocida. La nueva perspectiva le regala una figura diferente: un camisón fino de punto beige remangado hasta la cintura que enseña dos piernas largas y esbeltas, y una braguitas finas de algodón blanco. Además, el escote ha dejado atrás su forma original y ahora libera unos pechos firmes y redondos. En la frente del agente se empieza a distinguir un sudor brillante. Su mano derecha acaricia su entrepierna mientras gira disimuladamente hasta alcanzar un ángulo libre de miradas indiscretas. El gesto no ha pasado inadvertido a su compañero porque se le acerca y le da un codazo en el costado. Parece que reacciona al golpe. Inclina la cabeza ligeramente hacia delante y abandona el escenario del crimen en dirección al apartamento de la víctima.

La puerta de entrada a la vivienda ya está abierta y se introduce en el recibidor. Desde allí se pueden ver tres puertas: una a la izquierda, otra al frente y una más, a la derecha.

Primero atraviesa la primera. Esta da paso a un salón con cocina tipo *office*. En ella dominan los tonos neutros y la decoración funcional. La vajilla usada de la cena reposa sobre la mesita auxiliar que está frente al televisor. El almohadón recostado al reposabrazos derecho y las arrugas de la primera funda del asiento del sofá de dos plazas, desvela que la mujer después se tumbó de lado y se acurrucó. El agente atraviesa la estancia y sale al balcón. La barandilla se muestra libre de humedad en tres zonas: una central de unos cincuenta centímetros, con una a cada lado de unos diez. El agente regresa al comedor, lo vuelve a atravesar, sale de él y se dirige a la siguiente puerta. La abre y entra. Es el dormitorio. Los tonos y la decoración siguen la misma tónica de la sala anterior. Su mirada repasa todo el espacio y se detiene en un papel blanco que descansa sobre la colcha de la cama. Se pone los guantes de látex y lo coge. “*En la próxima vida quiero ser hombre*”, lee a media voz. El agente arquea la cejas, introduce la nota en una bolsa de plástico, gira sobre sí mismo y sale del dormitorio. Se para delante de la última puerta que queda por abrir. La abre. Es el cuarto de baño. Traspasa el umbral y entra. Toquetea algunas cosas con desgana y se va. Se dirige hacia la salida y se detiene. De repente, gira la cabeza hacia la derecha y se queda mirando el único objeto de la estantería de la entrada. Este objeto es un cubo que parece ser una pieza compacta. La cenefa que lo decora por el centro presenta una irregularidad pues la simetría del dibujo no encaja. Se acerca al objeto, lo alcanza y juega con él para reconocerlo; lo ase por debajo con la mano izquierda y por encima con la mano derecha y presiona en direcciones contrarias durante unos instantes. Deja de ejercer presión y vuelve a intentarlo con más fuerza. En ese momento aparece su compañero. “¿Qué hace?”, le pregunta. “Intento abrir esta caja de madera”, le responde. “No hay forma de conseguirlo”. “¿Quiere que lo intente yo?”, le sugiere entonces su compañero. El agente le alarga el objeto. El segundo hombre repite la misma operación que el primero, pero

esta vez se abre casi sin esfuerzo. “¿Cómo lo has hecho?”, le pregunta el agente. “Con cariño”, le contesta. “Con dulzura y amor se consigue casi todo”, le añade; y le devuelve las dos mitades de la caja. El agente deposita la tapa sobre la estantería e introduce los dedos dentro para intentar sacar el contenido, aunque le resulta imposible porque está encajonado perfectamente en su espacio. Instante seguido, gira la base al revés para que este caiga sobre la palma de la mano que le queda libre. Se trata de un taco de cartulinas cuadradas azules. Con rapidez, el agente deposita de nuevo la otra mitad de la caja sobre la estantería y dirige con velocidad la otra palma bocabajo para atraparlas antes de que se desparramen. Ya las tiene dominadas. Las ordena un poco y las va pasando una a una como si se tratara de una baraja. “¿Qué le parece que pueda ser esto señor?”, le pregunta el subordinado. “A simple vista parece que sean mensajes manuscritos. Además cada una va numerada y están ordenadas de menor a mayor desde el cero hasta el cuarenta. Es decir, la que quedaba en el fondo es la número cero, y la que quedaba la primera sobre todas las demás, es la número cuarenta”, le contesta. “Y, ¿qué dicen? Lea alguna”, le pide de nuevo el subordinado. “*Naniano naniano naniaaa*”, canturrea el agente imitando a un famoso mago que siempre acompaña su espectáculo con este sonsonete mientras extiende las cartulinas en abanico y se las ofrece a su compañero. “Elige una al azar”. Su compañero le sigue el juego y coge una. “Cartulina número veintiséis. Hoy mi jefe me ha despedido porque he rechazado su invitación a cenar”, lee. Los dos agentes se miran uno al otro a los ojos y el que sostiene la baraja le vuelve a ofrecer otra elección. Esta vez lee: “La catorce. Hace una semana que salí del hospital. Los médicos me han dicho que la violación me ha dejado estéril”. Se vuelven a mirar a los ojos y el subordinado le dice a su jefe que ya no quiere seguir jugando. “¡Escoge otra carta!”, le ordena. “¡No!”, le replica. “¡Coge la que sea. La primera mismo!”, le vuelve a ordenar. “¡Está bien!”, responde a regañadientes. “Cartulina número cero. Aquí

dentro de la barriguita puedo escuchar como mi padre gritar a mi madre. Ayer le pegó y caímos las dos. Mi mamá siempre llora y yo estoy triste”. Esta vez ninguno de los dos se mira a los ojos. El agente repliega las cartas con cuidado y las vuelve a depositar dentro de su caja. La cierra y la introduce en otra bolsa de plástico hermética. Los dos se quedan quietos como si no supieran muy bien qué hacer. Se reaniman y sin prisa abandonan el apartamento.

FIN